

EL NIÑO EN LA HISTORIA ANTIGUA, EDAD MEDIA Y MODERNA.

Segun refieren los más auténticos historiadores de la antigüedad, los moradores de aquella época no se fijaban en la infancia, pasando el niño esa primera edad sin llamar la atención ni aun de los que tenían el deber de protegerle, permaneciendo indiferentes ante sus imperiosas necesidades y exponiendo al pobre recién nacido á una muerte prematura, siendo la generalidad de ellos víctimas de la injuria y de la crueldad más inaudita, y si sobrevivían á estos iminentes peligros, arrostraban una existencia penosa é insoportable: solo la fatalidad de haber nacido en un periodo de barbarie, les conducía á una suerte tan cruel é inmerecida.

En Roma, Grecia, Germania y en la Galia, en el momento de nacer el desventurado infante, se le abandonaba por completo, siendo admitido por las inhumanitarias leyes la venta de este inocente y tolerada también por sus incultas costumbres, sin que el llanto desgarrador de aquel sér angelical fuera suficiente á despertar un átomo de compasión en aquellos empedernidos corazones; pues si alguna vez encontraba protección en aquellos pueblos salvajes en donde tan poco cuidaban de la humanidad, era para hacerle sufrir una vida azarosa y llena de infortunios.

En los tiempos primitivos la organización social estaba todavía en bosquejo; el padre de familia que desconocía completamente el ineludible deber que el Criador y la Naturaleza le impone al conferirle ese dulce y magestuoso título, ejercía con

tiranía las funciones de un juez severo é inflexible, á cuya magistratura doméstica tenían que prestar sumision y acato y seguir su buena ó mala inteligencia los que se hallaban bajo su dominio.

El más frecuente despotismo reinaba en todos sus actos, siendo árbitro en la vida de su mujer, hijos y esclavos, cuyos miembros se inclinaban con demasiada docilidad ante los terribles decretos de un padre cruel é inexorable.

Los Persas alucinados con el lujo y las lisonjas y ébrios en las orgias y placeres no atendían tampoco al desarrollo y educación de sus tiernos vástagos, los cuales abandonaban totalmente á sus domésticos, los que usaban una disciplina dura y austera, siendo por lo general aquellos pequeños seres mártires por sus inhumanos tratamientos.

Los Athenienses fueron los primeros en plantear una educación civilizadora, pues, comprendiendo sus respectivos deberes, prodigaron á sus hijos los más solícitos cuidados y delicadas atenciones en su primera edad, aliviando así la precaria suerte del infeliz recién nacido.

Los Romanos, émulos del sublime ejemplo de sus antecesores, se ocuparon con preferencia de este nuevo sér.

En la Galia, entre las familias distinguidas los nacimientos se celebraban ya con ostentación y alegría, haciendo numerosas ceremonias en su obsequio; el niño criado por la madre ó nodriza no salía de la vigilancia materna y su educación era muy atendida y bien dirigida. En la clase media prevalecieron por más tiempo las anteriores costumbres, las cuales indudablemente debían desaparecer con la constitución política de las repúblicas de la Antigüedad. El número de los pensionados criados por el Estado debía ser proporcionado á los recursos públicos y á la limitación legal de los ciudadanos, haciendo muy precaria la vida del nuevo miembro de la familia plebeya, el que al salir á luz era colocado á los pies del padre, y si éste lo hallaba defectuoso ó no tan bello como hijos, se imaginaba, ó tenía suficientes le condenaba sin piedad á ser excluido del seno paternal, y la desventurada criatura la llevaban á la columna de la Leche, situada en la plaza del mercado público y asilo destinado para este objeto. La suerte de estos desgraciados seres era muy dolorosa, pues la mayor parte perecían por falta de cuidado, y los infelices que se salvaban eran víctimas de la más terrible esclavitud y tratados con estremado rigor.

Pero vino el Cristianismo, y la bella aurora de un nuevo día llevó al pobre infante, siempre sumiso al régimen de la autoridad paternal absoluta, esa sublime áncora de salvación que dá por todas partes á los débiles y oprimidos.

Inspirado Constantino por la nueva fé religiosa promulgó el

célebre é interesante edicto, el que tan poderosamente habia de contribuir à propagar la moral y à morigerar las costumbres, prescribiendo en él sin demora la lactancia y vestidos para los recién nacidos que los parientes justificaban no tener medios para criarlos.

Los asilos recogian à los huérfanos y à los que eran abandonados.

(Se continuará)

A. ELGUETA.

À SANTA TERESA DE JESUS.

Dulcísima cantora
 Que en arpa delicada,
 Alzabas estasiada
 Tus preces al Señor;
 Y gratas armonías,
 Feliz en tu clausura,
 Lanzaba tu alma pura
 Con místico fervor:

—
 Ya nadie exhalar puede
 Aquellas tus canciones
 Que fé en los corazones
 Lograban infundir;
 Pues nadie sentir sabe
 Los célicos ardores,
 Que en cánticos de amores
 Te hacian prorumpir.

—

Tú fuiste la elegida,
 La que en ventura sola,
 Ciñó doble auréola
 De genio y santidad:
 La sola que comparte
 La gloria y los honores,
 Con todos los Doctores
 Que dió la cristiandad.

En vano desdenaste
 Las honras de esta vida,
 Cantora enaltecida,
 Paloma casta y fiel;
 En vano tus arrullos
 Lanzabas entre rejas,
 Contándole tus quejas
 Al Santo de Israel.

Al par que á los altares
 Por santa te elevaron,
 Los sabios te aclamaron
 Por genio singular;
 Que acaso tú olvidabas
 Sufriendo ruda prueba,
 Que Dios al bajo eleva
 Sabiéndole premiar.

¡Oh santa bendecida!
 Los ángeles te oyeron,
 Y el canto suyo unieron
 A tu éco arrobador:
 Y fúlgida diadema
 Ciñéndote amorosos,
 Te alzaron presurosos
 Al trono del Señor.

Por eso te rogamos
 Al ver tu excelsa gloria
 Las que hoy á tu memoria
 Pulsamos el laúd,
 Que amante nos envíes
 Desde ese claro asiento,
 La luz de tu talento,
 La flor de tu virtud.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER.

APUNTES

SOBRE EL ESTADO DE LA MUJER EN EL PERIODO HISTORICO LA EDAD MEDIA.

(CONCLUSION) (1)

Verdad es que en Oriente la mujer representa algunas veces el mismo papel que en nuestros libros de caballería; pero allí el amor es por lo común deleite. Sita, en el Ramayana, es robada como la Elena de la Iliada, pero no es el móvil el amor. En la Secontala hay un amor verdadero, mas siempre la mujer es inferior al hombre, como en la refinada galantería del celeste imperio.

Esta inferioridad ya no existía entre los Germanos. En los Nibelungos no es Brunequilda la esclava del hombre, sino la que domina y encadena á Guntaro, y que sólo se deja á su vez dominar por la superioridad de la fuerza. Aquí encontramos ya al hombre y la mujer luchando por medio de la fuerza, pero es siempre entre iguales; y estos mismos Germanos sustituyeron á la fuerza el respeto cuando aboliendo el Cristianismo la poligamia hace jurar la fidelidad á una sola mujer.

Mas los tiempos eran groseros y de aquí resultó aquella mezcla singular de costumbres contradictorias, girando siempre sobre estos dos polos: el amor de Dios y el de su dama; el fondo de la edad media no es otro que la galantería en todas las acciones, y esto es indudable si nos fijamos en las ceremonias y diferentes grados con que se recibía el orden de caballero. Cuando aun no era más que doncel, dejaba la opulencia de la casa paterna y dedicábase al servicio de la dama que habitaba los más famosos castillos. «Allí, dice un escritor de nuestros dias, aprendía á amar á Dios y á una dama, y unos labios graciosos le iniciaban en el catecismo de amor y en las reglas de la virtud y del decoro.» Cuando en estos ejercicios había alcanzado los catorce años de edad, era conducido por sus padres

(1) Veanse las números 48 y 50.

ante el altar, y un sacerdote en nombre de Dios bendecía un cíngulo y una espada que ceñía al joven doncel, mientras una dama que le sirve de madrina prometía en su nombre amor y lealtad antes de calzarle las espuelas de plata, con cuya ceremonia quedaba convertido en escudero; y cuando multitud de acciones heroicas le han hecho merecedor del honor de presentarse segunda vez ante el altar para recibir las insignias de caballero, también allí debía á las damas la nueva merced de vestirle la cota de malla, la coraza, los brazaletes, las manoplas, la espada, y singularmente las espuelas de oro, distintivo de su dignidad.

La mujer, por consiguiente, alternaba con el sacerdote en la grande obra de formar caballeros con honor, y no es, pues, extraño que éste defendiese la debilidad de aquella, á la que consideraba investida de un ministerio especial que demandaba respeto hasta en medio del fragor de la más reñida batalla. Cuéntase de Balduino, Rey de Jerusalem, que en el combate de Raula oyó gemir, y volviéndose descubrió una mujer musulmana presa de agudísimos dolores, y separándose de la batalla en que jugaba su corona, la cubrió con su manto, mandó llevar alfombras donde se reclinase, y poner cerca de ella frutas, agua, y una camella para alimentar á su hijo recién nacido, volviendo después donde el honor le reclamaba igualmente. Para el caballero, pues, era ménos la conquista de un reino que el deber de socorrer á una mujer desvalida, aunque perteneciese á distinta religion.

En cambio la mujer debía al caballero sus finezas. Cuando á la caída de la tarde se aproximaba éste al castillo que habia de servirle de albergue por la noche, el centinela anunciaba de lejos su llegada, y al descender el puente levadizo las damas y doncellas se disputaban el honor de desarmarle, le preparaban el baño mezclado de aguas olorosas y le escanciaban los mejores vinos.

También en los torneos es la mujer la que dá fuerza y destreza al caballero. Los que jamás temblaron ante la bravura del enemigo, se humilla ante la belleza de su dama; y en más de una ocasion se vió en el palenque á damas que conducian encadenados á sus amantes, complaciéndose estos en mostrar el valor vencido por la hermosura. Otras veces un brazalete, un lazo, una trenza eran bastante á convertir al adalid prisionero en un leon que ha conseguido romper sus ligaduras, y si el contrario lograba arrebatarle la prenda de su amada, ésta se apresuraba á desprenderse otra joya para alentarle al desquite. *En un torneo frances, nos dice un historiador, las damas se hallaron al fin sin ningun adorno, con la garganta y los brazos desnudos, flotádoles el cabello por la espalda, pues todo lo habian cedido á sus campeones; al principio se ruborizaron de su desaliño, pero advirtiendo luego que

era general, se hecharon á reir, por haber regalado tantas cosas sin caer en la cuenta que apénas se hallaban vestidas.» Y después, cuando cubierto el guerrero de sudor publican los heraldos que ha vencido, se le ve correr presuroso ante su dama bajando la lanza en señal de vasallaje, y ocupando más tarde el puesto de honor en el banquete oye al juglar referir sus más notables hazañas, mientras las bellas de la corte se disputan el honor de servir á los valientes.

En medio de tantas proezas llevadas á cabo por el nombre de una dama, no podia ménos de introducirse cierta extravagancia que de continuo obligaba á la Iglesia á declamar contra ella, pues el respeto á la mujer se habia convertido en culto, y el arrojo y el valor en inútil temeridad. El conde Hedington, de Flandes, hallándose en guerra con los franceses, recibe de su dama un precioso rubí rodeado de doce diamantes, pero con la singular condicion de no ponerlo en su dedo, si no conducia ante ella, después de haberlos vencido, doce jóvenes de una familia tan ilustre como la suya; y partiendo el conde, acompañado de los de Pembroke y Arundel, penetra á favor de un salvo-conduto en el campo enemigo y les reta á singular combate, siendo con sus compañeros vencido en la triple prueba de la lanza, la espada y el hacha por su valiente contrario Amadeo VIII de Saboya, llamado el Conde rojo. A este punto llegó la temeridad que la Iglesia condenaba, privando de sepultura eclesiástica al que moria en tan arriesgadas empresas.

Mas antes de desaparecer presentò esta edad una nueva fase igualmente favorable á la mujer. Jóvenes guerreros que buscaban la fatiga en el combate y el reposo en el amor, después de consagrar su valor á la religion y la justicia, «establecieron, dice un cronista de aquellos tiempos, una especie de culto hacia el bello sexo, proclamándole juez de la cortesía y de las proezas»

Llegó el dia en que el caballero trocando la espada por el laud, de guerrero se convirtió en trovador y depositó ante su dama sus más armoniosos cantos, como antes depositara sus más gloriosas coronas; y de estas nuevas costumbres tomó nueva inspiracion la música y la poesia, y el pensamiento de la época fué el amor, y amor fue el lenguaje con que lo expresaron y hasta se establecieron tribunales de amor. ¡Tanto estaba ya estinguida la antigua ferocidad!

Historiadores nos han conservado el código y gran parte de sentencias de tan raros tribunales que marcan el grado supremo del poder de la belleza. Ridículo nos pareceria hoy esto sinouviésemos presente que en la época de su institucion idealizaron el amor, marcando con la pena terrible de la opinion á los que quisieran despojarlo del respeto, de la lealtad y la cortesía. Las damas mas renombradas por su hermosura abrieron tribuna-

les, á imitacion de los jurídicos, á los que apelaban los amantes que se querellaban de infidelidad; y la reina Leonor de Inglaterra, y la condesa de Flandes, y la vizcondesa de Narbona han dado multitud de sentencias, que la historia nos conserva, en las que quizá hoy hubiera algo que aprender. Un caballero imploraba el amor de una dama sin poder vencer su repugnancia. Le envió aquél algunos honestos regalos que ella aceptó con tanta gracia como reconocimiento, sin que por esto disminuyese su esquivéz, y el caballero se queja de haber sido burlado por una falsa esperanza concebida al aceptar aquellas sus finezas; y la reina Leonor dicta esta sentencia: «Convienes que una mujer reusen los regalos que le son ofrecidos con fines amorosos, ó que corresponda á ellos, ó que se resigne á ser colocada en el número de las cortesanas más abyectas.» Un amante ya ligado por un afecto decoroso, requirió de amores á una dama, como si ya antes no hubiese prometido su fé á otra... ¿como debe castigarse al infiel? y la condesa de Flandes decreta: «Que debe ser privado de los favores de ambas damas y ninguna que sea honrada puede concederte su amor.»

Pero en medio de tanta galanteria era imposible que no se introdujesen abusos, y la Iglesia clamaba contra ellos de continuo; mas sea como quiera, en estos tribunales toma el amor una forma ménos grosera, más noble, más espiritual, y esto cuando por todas partes ponía asedio á las costumbres la voluptuosidad musulmana.

Vemos pues, elevada en la edad media por el cristianismo á la mujer, en la que el caballero ve su bello ideal y no su esclava; por ella justa en los torneos; por ella lucha en los campos de batalla y ante ella tambien depone sus coronas sobre el pedestal de su bravura. La religion, por consiguiente, elevó á la mujer constituyéndola idolo del hombre, y cuando éste se acostumbró á respetarla, la hizo entonces descender para darle entre la familia una autoridad más influyente, más alta y más noble, ciñendo su frente con la aureola del poder que compartiria en adelante con el hombre. Y este influjo de la religion sobre las costumbres lo confirman aun los enemigos del Catolicismo y de la época que estudiamos, ridiendo un tributo de admiracion á la mujer cristiana de la Edad media. Tal es el retrato que de ella nos presenta el Sr. Pi Margal «Es, dice, dulcemente tierna la mujer de aquella época. Su pasion la hace capaz de todo sacrificio... No sólo siente el amor puramente material; concibe, siente y hasta practica el amor platónico. Hace de su amante un idolo. ¡Qué dulzura! ¡Qué candidez en su semblante! ¡Qué expresion la de sus ojos! ¡Qué tranquilidad la de todas sus facciones! Corren las palabras por sus labios con más suavidad que las aguas de un arroyo; habla y todo es-

á ya perfumado con el aliento de su boca. Parece la imagen de la humildad y la modestia ¡Qué ligero es su paso! Las rosas que pisa apenas doblan bajo su paso la cabeza. El templo es su paraiso Jusucristo su padre; la bienaventurada hija de David es su modelo. ¡No es ésta acaso la virgen cristiana que nos han hecho concebir la historia y la leyenda!

J. M. CAMPOY.

A. M. A.

(EN SU ÁLBUM.)

—
 Cuando cantan las aves
 En la alborada,
 Y nos manda la aurora
 Su luz de grana;
 Yo entónces solo
 Lloro, porque me alejo
 De la que adoro.

—
 Cuando el sol nos envia
 Rayos purísimos,
 Y las aves suspenden
 Sus dulces trinos;
 Bella esperanza
 Me hace olvidar el llanto
 De la mañana.

—
 Cuando tras el crepúsculo
 Llega la calma,
 Y las aves se ocultan
 En la enramada;
 Yo alegre canto
 Porque me encuentro cerca
 De la que amo.

—

Cuando al llegar la noche
 La sombra crece,
 Y la pálida luna
 Su faro enciende;
 Ya nada ansío
 Pues á tu lado corro,
 Dulce bien mio.

—

FRANCISO CÁCERES PLÁ,

—

DE VALENCIA AL GRAO

EN NUEVE MINUTOS CINCUENTA Y CINCO SEGUNDOS.

IMPRESIONES DE VIAJE.

—

Acababa de trepar á la imperial de un wagon de tercera del tren de las 2 y media de la linea del Grao, en la tarde del 25 de Junio de 1874. Hacia un calor sofocante, y mi espíritu parecia reconcentrado en los más recónditos rincones de mi cuerpo —aunque sea atrevido el concepto—buscando un refugio contra el abrasador ambiente.

Me encontraba en una disposicion de ánimo desconocida, que participaba algo de melancolla, algo de soñolencia, y sobre todo sentia cierta propension á meditar, que desde luego me hizo augurar bien de mi expedicion. ¡Tantas cosas se pueden aprender en un vi je!

Pensativo me hallaba sin saber en qué pensar, cuando el silbato del jefe de estacion, seguido por el agudo de la locomotora, vino á sacarme de mi esteril meditacion. Empezò á moverse el convoy lentamente, y mi atencion se fijó en los progresos de la humanidad.

El agua y el fuego, dos de los elementos que en la antigüedad nadie osara enfrenar, sirviendo de poderosos agentes de locomocion, por medio de su producto inmediato el vapor, al comercio, y á las comunicaciones del sér humano

El mundo es hoy más pequeño que ayer; mañana tal vez lo será más que hoy. La electricidad. . . ¡Quién sabe! La vida es un sueño y los viajes han de ser un aliento. En la fiebre de actividad que devora á las naciones ¿quien puede adivinar el mañana?

Pasabamos en este momento por la ronda de San Pablo y alzando la vista á la izquierda, la fijé en la soberbia y magestuosa plaza de toros, la primera en su clase en el mundo. Un vago recuerdo vino á mi mente del anfiteatro de Roma y sus luchas de gladiadores y sus hecatombes de cristianos. Disipóse este recuerdo y pensé solo en *actualidades*.

Imaginéme en un día de corrida: vi el extenso anfiteatro lleno por millares de espectadores que atronaban el espacio con sus gritos de impaciencia, mientras que millares de abanicos se movian en todas direcciones procurando en vano refrescar á sus dueños: despejado el circo rompía la música con los acordes de la popular marcha de la zarzuela «Pan y toros»; presentábanse en la liza los lidiadores, siendo recibidos con estruendos apausos: dábase la señal y aparecía la fiera en la arena: comenzaba la lucha y al cabo de breves minutos el redondel sólo ofrecía á la vista caballos destrozados por el toro, éste en tierra vencido por el hombre, la arena enrojecida y los mozos de plaza poniendo ésta en disposición para una nueva lucha.

Luchas son esas anatematizadas por la culta Europa, mas no son luchas que deshonran á una nacion. El hombre ha de vencer á la fiera porque la ha estudiado y la conoce y la esquivo y sabe aprovecharse de todas las ventajas que le da su inteligencia.

Ocurren desgracias, es cierto; la mayor parte son hijas de la temeridad. No defiendo las corridas de toros, mas no las ataco tampoco.

Al pensar en las desgracias, vino á mi memoria la terrible catástrofe ocurrida el año anterior al tren del Norte en el puente de Viena, y la no ménos terrible del barranco de San Jorge en la linea de Cataluña que tantas víctimas causaron, é involuntariamente me estremeci, pues me hubiera hecho muy poca gracia el que descarriláramos, ó chocáramos, ó se hundiera el puente del Turia, que gracias al encambrado sitio donde me hallaba, sabe Dios donde hubiera ido á parar.

Acabábamnos de cruzar el paso á nivel de la calle de Rozafa y se desarrolló ante mi vista el magnífico panorama de la huerta de Valencia, de ese jardin dilatado en el espacio de muchas leguas, y regado por el Júcar y el Turia. ¡Entendidos agricultores eran los árabes! Admirable su sistema de riegos! ¡Que distribución en las aguas á fin de fertilizar y utilizar hasta el menor palmo de terreno! Aquí una pequeña acequia, más allá otra, por todas partes, cruzando en todas direcciones, el agua, la vida de la vega.

¡Grandes agricultores eran los árabes! Se les expulsó. ¿Por qué? Es un misterio para nosotros. ¿Fué justa esta medida? No lo sabemos; unos dicen que sí, otros que nó, y se dan mutua-

mente gran copia de razones. El virey—arzobispo de Valencia creyó la medida conveniente; los señores valencianos no; la corte sí; sus razones habria. Tal vez no fueran razones poderosas el caracter levantisco de los árabes, sus rebeliones y motines. Se decia y se aseguraba con pruebas, que estaban en relaciones con los turcos, berberiscos y franceses del Bearnés y del Rosellon para alzarse y recuperar sus perdidos reinos, y que sólo se esperaba una ocasion favorable. Esto tal vez no sea una razon que justifique tal medida ¿eran tan buenos agricultores? Las continuas correrías de los piratas argelinos encontraban activos auxiliares en los moriscos, de que no astutos espías, y las aldeas y pueblos del litoral eran saqueados, y sus habitantes eran llevados cautivos, y los rebatos se sucedian, y los desastre continuaban á pesar de vivir los moriscos con tanta libertad como los españoles. Cervantes, gran conocedor del caracter de los moros, gracias al tiempo que vivió entre ellos cautivo, aplaude y aconseja esta medida. Oigámosle: «Digo pues, que este mi abuelo dejó dicho que cerca de estos tiempos reinaria en España un rey de la casa de Austria, en cuyo ánimo cabria la dificultosa resolucion de desterrar los moriscos della, bien así como el que arroja de su seno la serpiente que le está royendo las entrañas, ó bien así como el que aparta la negrilla del trigo, ó escarda ó arranca la mala yerba de los sembrados: ven ya, ó venturoso mozo y rey prudente, y pon en ejecucion el gallardo decreto deste destierro, sin que se oponga el temor que ha de quedar esta tierra desierta y sin gente» . . . Y más adelante «Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible, atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos á España tersa, limpia y desembarazada desta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba.» (1.º) Tal vez el parecer de nuestro inmortal escritor no deba tenerse en cuenta en esta materia.

Ciertamente que España perdió una de sus fuentes de riqueza; ciertamente que se dejó sentir la fatal influencia de esta medida por espacio de muchos años, principalmente en la agricultura: sin embargo, no deben haberse meditado mucho los inconvenientes de la permanencia de aquellos turbulentos colonos en nuestro suelo; y de mayores males nos hemos librado que nos amenazaran inminentemente, según el parecer de respetables autoridades, conocedoras de las necesidades de la época, mucho más que las que hoy examinan y juzgan esos acontecimientos mirándolos bajo un punto de vista del todo distinto, de acuerdo, es verdad, con las ideas de la época presente, pero estas también es verdad que no reflejan ni el espíritu ni las necesidades

(1) *Pérsiles y Sigismunda*. Libro 3.º Capítulo XI. Estas palabras las pone en boca de un morisco convertido.

de aquella.

Sin el desgraciado reinado de Felipe IV. en el que la corona española perdió una gran parte de sus extensos dominios, como el Portugal, los Países—Bajos, el ducado de Mantua y una gran porción de sus colonias de Ultramar, y sin el desastroso de Carlos II en que concluimos de perder lo poco que nos quedara de nuestras pasadas conquistas, la medida de la expulsión de los moriscos, ni hubiera tenido tan malas consecuencias del momento, ni hubiera encontrado tantos anatematizadores, en honor de la verdad la mayor parte extranjeros.

La medida tomada por la reina Isabel de Inglaterra, casi en la misma época, espulsando á dos millones de católicos irlandeses, no dió tan fatales resultados, gracias á que empezó poco después el periodo de engrandecimiento de Inglaterra, y hoy día nadie se acuerda de ella, nadie la anatematiza, mientras la de los moriscos es la sombra de Nino de Felipe III, y el tema obligado de una gran parte de los escritores modernos.

Esta meditacion vino á cortarla un agudo silbido de la locomotora: íbamos á entrar en el puente de hierro que une las dos riberas del Turia. A la izquierda se extendia el cauce del rio con los puentes del mar y las alamedas, y allá en lontananza se veian las primeras estrivaciones de las montañas en donde ardía en aquellos momentos la guerra civil, triste legado que nos hiciera Cain: Hermanos contra hermanos, padres contra hijos, amigos contra amigos, todos creyéndose con el mejor derecho, se destrozaban mutuamente, se odian, se combaten, y esas fuerzas que unidas en el trabajo, y la industria, y el comercio podrian labrar la felicidad de la patria, se esterilizan y sucumben, ó con gloria—¡triste gloria que tantos anatemas trae sobre sí!—ó en medio de la oscuridad donde solo las recuerdan las lágrimas de una madre, de una triste esposa ó de unos deventurados hijos. Triste cosa es la guerra, pero más triste es aún la civil.

En la misma direccion y más en primer término se ve San Pio V, hospital militar, último refugio de los que heridos por el plomo fratricida no han sucumbido en los campos de batalla.

De esa mansion salen ó inutilizados para la guerra y tal vez para el trabajo, ó útiles para acudir á donde el honor y el deber los llaman, hasta que otra bala corte su vigorosa vida ó les haga volver al mismo asilo.

Ya habiamos salido del puente, y atrajo mis miradas una preciosa capilla en miniatura, de estilo gótico; vários álamos alzaban su verde follaje alrededor; la campana parecia que iba á llamar á los fieles y á cada momento creia ver salir de ella al austero monge y venir á su encuentro al caballero armado de punta en blanco, y á la altiva castellana de la Edad Media montada en

soberbio palafren y llevando en el puño el azor predilecto. Tanto es su sabor histórico.

La Edad Media: brillante época del valor, el amor y la caballería: época en que nuestros antepasados se veían envueltos en la noble y grandiosa lucha que durara ocho siglos, y en la cual se le arrancó al árabe palmo á palmo el terreno que conquistó en breves días, siquiera fuera por traición. Y en vano el Africa arrojó en nuestro suelo para defender su presa nubes de almohades, almoravides y benimerines, en vano mandaron sus taifas guerreros tan nombrados como Abderraman el grande, Almanzor y Yusuf.

Todo fué en vano. La reconquista iniciada en Covadonga por un puñado de valientes bajo el estandarte de la fé, opuso á los innumerables guerreros árabes su valor y su constancia, y á sus caudillos los nombres no ménos gloriosos de San Fernando, Jaime I de Aragón, Sancho el Bravo, Alfonso VIII y Fernando é Isabel los Católicos.

En aquella misma vega el cadáver del Cid, armado de todas armas y caballero en su noble y fiel corcel Babieca gauó, según leyendas de la época, una memorable batalla, cuando Sir Ben Abi—Bekir (el Bucar de nuestras crónicas) quiso reconquistar su ciudad querida del poder de los *infieles*. El nombre del Campeador, la fama de Ruy Diaz de Vivar, decidió aquella jornada, pues su alma y su valor pertenecían ya á la historia.

Gran guerrero fué, y aunque muchos duden de su existencia y quieran igualarlo al fabuloso Bernardo del Carpio, los historiadores árabes narran las hazañas de Ruderiti el Cambituz y el suplicio que hizo sufrir al Wali de Valencia Amed ben Gebaf.

Continuaba el tren su vertiginosa carrera; quedábanse atrás en un instante los objetos cercanos á la vía; nubes de humo y de vapor cubrían á intervalos el horizonte iluminado por un sol radiante: se había levantado un alicillo de poniente que abrasaba aún más que el sol, y deseaba ya con impaciencia llegar á Villanueva del Geao.

Todavía faltaban dos minutos, pues en este momento llegábamos al sitio en que se separa la vía ferrea de Cataluña, de la que seguíamos. Envié un cariñoso saludo á la ciudad condal emporio de nuestra industria y nuestro comercio: ciudad que se ha distinguido siempre en nuestras revueltas políticas desde Felipe IV. en que proclamó la independencia del principado hasta nuestros días. En esa población fué donde preparara D. Jaime I. su expedición contra Mallorca de la que había de ser consecuencia necesaria la reconquista de Valencia llevada á cabo poco tiempo después.

Sonó el silbato en este momento; el convoy iba deteniendo paulativamente su marcha, y al franquear una curva de la vía,

apareció ante mi vista la estación, término deseado de mi viaje.

Ansiando encontrar otra perspectiva *històrica* antes de *tocar tierra*, dirigí mi vista á la izquierda y encontròse con el cementerio del Grao. Ultima estación de la vida: término del viaje de la humanidad. ¡Triste destino el de ésta! Tantos afanes, tantos desengaños, tanta ambición y ¿para qué? A última hora la niveladora guadaña de la muerte viene á despojarnos de todo, y en vano guarda el avaro sus tesoros, en vano el ambicioso se ve encumbrado á los más altos puestos, en vano el militar se mira rodeado de gloria; nada de esto cabe en el sepulcro, todo queda fuera de él, *Pulvis es.....*

Acababa de detenerse el tren; ya era tiempo; estaba ya cansado del viaje y creo que todos los que me acompañaban lo estaban mas que yo. El día no era para otra cosa. Salí de la estación murmurando aquellos versos de Jorge Manrique.

Nuestras vidas son los rios
que van á dar en el mar
que es el morir.....

.

Qué se hizo el rey D Juan,
los infantes de Aragon
que se hicieron?.....

— CARLOS BARBERÁN RODRIGO.

PLUGARIA

CONSUELA MI DOLOR.

Señor, que en las alturas
De tu poder divino
Dirijes el destino,
Nos das vida y calor;
Si somos tus hechuras
Y esacta semejanza,
Alienta mi esperanza,
Consuela mi dolor.

—
De todos eres Padre
Y padre de ternura:
Tú miras mi amargura,
Ves mi angustia, Señor.
Por Ti la Virgen Madre
Regó el mundo con llanto,

Por su recuerdo santo
Consuela mi dolor.

Yo triste y resignado
 Mi ruego te dirijo:
 Te pido por mi hijo,
 El hijo de mi amor.
 Te pido, Padre amado,
 Escuches mi gemido....
 Por mi dolor lo pido,
Consuela mi dolor.

Yo sufro en su agonía
 Martirio horrible, lento....
 Se aumenta mi tormento....
 Se agota mi valor....
 Y apura el alma mía
 La copa del veneno....
 ¡ Señor, que eres tan bueno,
Consuela mi dolor...!!

J. M. PUCHE.

LAS TRES VIRTUDES.

Hay una antorcha divina,
 Que aun al hombre que no ve,
 Alumbra, guía, ilumina.
 ¿Qué antorcha es ésta?—*La Fe.*

En la noche mas sombría
 Se ve un faro en lontananza
 Que sirve de norte y guía.
 Este faro es;—*La Esperanza.*

Para bien de los humanos
 Hay un ente de bondad
 Que a todos los hace hermanos,
 ¿Y cual es?—*La Caridad.*

De modo que en el sendero
 Que sigue la humanidad
 Son luz, norte y derrotero,
Fe, Esperanza y Caridad.

A. RAMOS OLLER.